



La Santa Sede

VISITA PASTORAL DEL SANTO PADRE FRANCISCO A POMPEYA Y NÁPOLES

ENCUENTRO CON EL CLERO, LOS RELIGIOSOS Y LOS DIÁCONOS PERMANENTES EN LA CATEDRAL

DISCURSO DEL SANTO PADRE

Nápoles

Sábado 21 de marzo de 2015

[Multimedia]

- Texto del discurso preparado por el Santo Padre
- Palabras improvisadas por el Santo Padre

Palabras improvisadas por el Santo Padre

Preparé un discurso, pero son aburridos los discursos. Lo entrego al cardenal y luego en el boletín lo dará a conocer. Prefiero responder un poco a algunas cosas. Me sugieren que hable sentado, así descanso un poco. Una hermana que está aquí, muy mayor, vino corriendo a decirme: «Bendígame en *artículo mortis*». «¿Por qué hermana?». «Porque tengo que ir de misión a abrir un convento...». Esto es el espíritu de la vida religiosa. Esta hermana me hizo pensar. Es anciana, pero dice: «Sí, yo estoy en *artículo mortis*, pero tengo que ir a renovar o a hacer de nuevo un convento» y parte. Por lo tanto, también yo ahora obedezco y hablo sentado.

Este es uno de los testimonios sobre los que preguntabas: estar siempre en camino. El camino en la vida consagrada es el seguimiento de Jesús; también la vida consagrada en general, también para los sacerdotes se trata de ir tras Jesús, y con ganas de trabajar por el Señor. Una vez

—relaciono con lo que dijo la religiosa— me dijo un anciano sacerdote: «Para nosotros no existe la jubilación y cuando vamos a la residencia seguimos trabajando con la oración, con las pequeñas cosas que podemos hacer, pero con el mismo entusiasmo de seguir a Jesús». ¡El testimonio de caminar por la senda de Jesús! Por eso el centro de la vida debe ser Jesús. Si en el centro de la vida —exagero... pero sucede en otros sitios, en Nápoles seguramente no— está el hecho de que yo estoy en contra del obispo o contra el párroco o contra otro sacerdote, toda mi vida estará invadida por esa lucha. Y eso es perder la vida. No tener una familia, no tener hijos, no tener el amor conyugal, que es tan bueno y tan hermoso, para acabar peleando con el obispo, con los hermanos sacerdotes, con los fieles, con «cara de vinagre», esto no es un testimonio. El testimonio es Jesús, el centro es Jesús. Y cuando el centro es Jesús están, de todos modos, estas dificultades, están en todos lados, pero se afrontan de diversa forma. En un convento tal vez la superiora no me gusta, pero si mi centro es la superiora que no me gusta, el testimonio no funciona. Si mi centro en cambio es Jesús, rezo por esta superiora que no me gusta, la tolero y hago todo lo necesario para que los demás superiores conozcan la situación. Pero la alegría no me la quita nadie: la alegría de ir tras Jesús. Veo aquí a los seminaristas. Os digo una cosa: si vosotros no tenéis a Jesús en el centro, postergad la ordenación. Si no estáis seguros de que Jesús es el centro de vuestra vida, esperad un poco más de tiempo, para estar seguros. Porque, de lo contrario, comenzaréis un camino que no sabéis cómo acabará.

Este es el primer testimonio: que se vea que Jesús es el centro. El centro no son ni las habladurías ni la ambición de ocupar este puesto o aquel otro ni el dinero —del dinero quiero hablar después—, sino que el centro debe ser Jesús. ¿Cómo puedo estar seguro de caminar siempre con Jesús? Está su Madre que nos conduce a Él. Un sacerdote, un religioso, una religiosa que no ama a la Virgen, que no reza a la Virgen, diría también que no reza el rosario... si no quiere a la Madre, la Madre no le dará al Hijo.

El cardenal me regaló un libro de san Alfonso María de Liguori, no sé si «Las Glorias de María»... De este libro me gusta leer las historias de la Virgen que están al final de cada uno de los capítulos: en ellos se ve cómo la Virgen nos conduce siempre a Jesús. Ella es Madre, el centro del ser de la Virgen es ser Madre, conducir a Jesús. Y el padre Rupnik, que pinta y hace mosaicos muy bonitos y muy artísticos, me regaló un icono de la Virgen con Jesús delante. Jesús y las manos de la Virgen están ubicadas de tal modo que Jesús baja y con la mano toma el manto de la Virgen para no caer. Es ella quien hizo descender a Jesús entre nosotros; es ella quien nos da a Jesús. Dar testimonio de Jesús, y para ir tras Jesús una buena ayuda es la Madre: es ella quien nos da a Jesús. Este es uno de los testimonios.

Otro testimonio es el espíritu de pobreza; también para los sacerdotes que no hacen voto de pobreza, pero deben tener el espíritu de pobreza. Cuando entra en la Iglesia la especulación, tanto en los sacerdotes como en los religiosos, es feo. Recuerdo a una gran religiosa, buena mujer, una gran ecónoma que hacía bien su trabajo. Era observante, pero tenía el corazón apegado al dinero e inconscientemente seleccionaba a la gente según el dinero que tenía. «Este

me gusta más, tiene mucho dinero». Era ecónoma de un colegio importante e hizo grandes construcciones, una gran mujer, pero se veía este límite suyo y la última humillación que tuvo esta mujer fue pública. Tenía 70 años, más o menos, estaba en una sala de profesores, durante una pausa de la escuela, tomando un café, y le dio un síncope y se desplomó. Le daban palmadas para hacerla volver en sí y no reaccionaba. Y una profesora dijo esto: «Pónle un billete de cien “pesos” y veamos si así reacciona». La pobrecilla ya estaba muerta, pero fue la última palabra que se dijo de ella cuando todavía no se sabía si estaba muerta o no. Un mal testimonio.

Los consagrados —sean sacerdotes, religiosas o religiosos— nunca deben ser especuladores. El espíritu de pobreza, sin embargo, no es espíritu de miseria. Un sacerdote, que no hizo voto de pobreza, puede tener sus ahorros, pero de una forma honesta y también razonable. Pero cuando tiene codicia y se mete en negocios... Cuántos escándalos en la Iglesia y cuánta falta de libertad por el dinero: «A esta persona le debería decir cuatro verdades, pero no puedo porque es un gran benefactor». Los grandes benefactores llevan la vida que quieren y yo no tengo la libertad de decírselo, porque estoy apegado al dinero que ellos me dan. ¿Comprendéis cuánto es importante la pobreza, el espíritu de pobreza, como dice la primera de la bienaventuranzas:

«Bienaventurados los pobres de espíritu». Como dije, un sacerdote puede tener sus ahorros, pero no el corazón en ello, y que sean ahorros razonables. Cuando hay dinero de por medio, se hacen diferencias entre las personas; por ello os pido a todos examinar la conciencia: ¿cómo va mi vida de pobreza, lo que llega incluso de las pequeñas cosas? Y este es el segundo testimonio.

El tercer testimonio —y aquí hablo en general, para los religiosos, para los consagrados y también para los sacerdotes diocesanos— es la misericordia. Hemos olvidado las obras de misericordia. Quisiera preguntar —no lo haré pero tendría ganas de hacerlo—, pedir que digáis las obras de misericordia corporales y espirituales. ¡Cuántos de nosotros las han olvidado! Cuando regreséis a casa buscad el catecismo y recordad estas obras de misericordia que son las obras que practican las ancianas y la gente sencilla en los barrios, en las parroquias, porque seguir a Jesús, ir tras Jesús es sencillo. Cito un ejemplo que pongo siempre. En las grandes ciudades, todavía ciudades cristianas —pienso en la diócesis que tenía antes, pero creo que en Roma sucede lo mismo, no sé en Nápoles, pero en Roma seguro—, hay niños bautizados que no saben hacer la señal de la cruz. Y, ¿dónde está, en este caso, la obra de misericordia de enseñar? «Te enseñé a hacer la señal de la fe». Es sólo un ejemplo. Pero es necesario retomar las obras de misericordia, tanto las corporales como las espirituales. Si cerca de mi casa hay una persona que está enferma y quisiera ir a visitarla, pero el tiempo del que dispongo coincide con el momento de la telenovela, y entre la telenovela y hacer una obra de misericordia elijo la telenovela, eso no está bien.

Hablando de telenovelas, vuelvo al espíritu de pobreza. En la diócesis que tenía antes había un colegio gestionado por religiosas, trabajaban mucho, pero en la casa donde vivían dentro del colegio había una parte que era el apartamento de las hermanas; la casa donde vivían era un poco antigua y era necesario rehacerla, y la reformaron bien, demasiado bien y lujosa: en cada

habitación pusieron también un televisor. A la hora de la telenovela, no encontrabas a una hermana en el colegio... Estas son las cosas que nos conducen al espíritu del mundo, y aquí surge otra cosa que quisiera decir: el peligro de la mundanidad. Vivir mundanamente. Vivir con el espíritu del mundo que Jesús no quería. Pensad en la oración sacerdotal de Jesús cuando ora al Padre: «No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno» (*Jn 17, 15*). La mundanidad va contra el testimonio, mientras que el espíritu de oración es un testimonio que se ve: se ve quién es el hombre y la mujer consagrados que rezan, así como quien reza formalmente pero no con el corazón. Son testimonios que la gente ve. Tú has hablado de la falta de vocaciones, pero el testimonio es una de las cosas que atrae las vocaciones. «Quiero ser como ese sacerdote, quiero ser como esa religiosa». El testimonio de vida. Una vida cómoda, una vida mundana no nos ayuda. El vicario del clero destacó el problema, el hecho —yo lo llamo problema— de la fraternidad sacerdotal. También esto es válido para la vida consagrada. La vida de comunidad tanto en la vida consagrada como en el presbiterio, en la diocesanidad, que es el carisma propio de los sacerdotes diocesanos, en el presbiterio en torno al obispo. Llevar hacia delante esa «fraternidad» no es fácil tanto en el convento, en la vida consagrada, como en el presbiterio. El diablo nos tienta siempre con celos, envidias, luchas internas, antipatías, simpatías, muchas cosas que no nos ayudan a formar una auténtica fraternidad y así damos un testimonio de división entre nosotros.

Para mí, el signo de que no hay fraternidad, tanto en el presbiterio como en las comunidades religiosas es la presencia de habladurías. Y me permito decir esta expresión: el terrorismo de las habladurías, porque quien murmura es un terrorista que tira una bomba, destruye permaneciendo fuera. ¡Si al menos hiciese el papel del kamikaze! En cambio destruye a los demás. Las habladurías destruyen y son el signo de que no hay fraternidad. Cuando uno se encuentra con un presbiterio que tiene sus diferentes puntos de vista, porque tienen que existir diferencias, es normal, es cristiano, pero estas diferencias se deben manifestar teniendo la valentía de decirlas a la cara. Si yo tengo que decir algo al obispo, voy al obispo y puedo incluso decirle: «Usted es un antipático», y el obispo debe tener el valor de no vengarse. ¡Esto es fraternidad! O cuando tienes algo contra una persona y en lugar de ir a ella vas a otra. Existen problemas tanto en la vida religiosa como en la vida presbiteral que se deben afrontar, pero sólo entre dos personas. En el caso de que no se pudiese —porque a veces no se puede— se le dice a otra persona para que sea intermediaria. Pero no se puede hablar contra otro, porque las habladurías son un terrorismo de la fraternidad diocesana, de la fraternidad sacerdotal, de las comunidades religiosas.

Luego, hablando de testimonios, la alegría. La alegría de mi vida es plena, la alegría de haber elegido bien, la alegría de que yo veo todos los días que el Señor es fiel a mí. La alegría está en ver que el Señor es siempre fiel a todos. Cuando yo no soy fiel al Señor, me acerco al sacramento de la Reconciliación. Los consagrados o los sacerdotes aburridos, con amargura en el corazón, tristes, tienen algo que no funciona y tienen que ir a un buen consejero espiritual, a un amigo, y decir: «No sé que sucede en mi vida». Cuando no hay alegría, hay algo que no funciona. El olfato del que hablaba hoy el arzobispo, nos dice que algo falta. Sin alegría no atraes hacia el Señor y el

Evangelio.

Estos son los testimonios. Quisiera terminar con tres cosas. Primero, la adoración. «¿Tú rezas?». —«Yo rezo, sí». Pido, doy gracias, alabo al Señor. Pero, ¿adoras al Señor? Hemos perdido el sentido de la adoración a Dios: es necesario retomar la adoración a Dios. Segundo: tú no puedes amar a Jesús sin amar a su esposa. El amor a la Iglesia. Hemos conocido muchos sacerdotes que amaban a la Iglesia y se veía que la amaban. Tercero, y esto es importante, el celo apostólico, es decir la misionariedad. El amor a la Iglesia te conduce a darla a conocer, a salir de tí mismo para ir fuera a predicar la Revelación de Jesús, te impulsa también a salir de ti mismo para ir hacia la trascendencia, es decir la adoración. En el ámbito de la misionariedad creo que la Iglesia debe caminar un poco más, convertirse más, porque la Iglesia no es una ong, sino que es la esposa de Cristo que tiene el tesoro más grande: Jesús. Y su misión, su razón de existir es precisamente esta: evangelizar, es decir, llevar a Jesús. Adoración, amor a la Iglesia y misionariedad. Estas son las cosas que me surgieron espontáneas.

[Después de la adoración]

El arzobispo dijo que se licuó la mitad de la sangre: se ve que el santo nos quiere hasta la mitad. Tenemos que convertirnos un poco todos para que nos quiera aún más. Muchas gracias, y por favor no os olvidéis de rezar por mí.

Texto del discurso preparado por el Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenas tardes!

Os agradezco vuestra acogida en este lugar-símbolo de la fe y de la historia de Nápoles: la catedral. Gracias, señor cardenal, por introducir este encuentro nuestro; y gracias a los dos hermanos que plantearon las preguntas en nombre de todos.

Quisiera empezar por esa expresión que dijo el vicario para el clero: «ser sacerdotes es hermoso». Sí, es hermoso ser sacerdote, y también ser consagrado. Me dirijo primero a los sacerdotes y después a los consagrados.

Comparto con vosotros *la sorpresa siempre nueva de ser llamado* por el Señor a seguirlo, a estar con Él, a ir hacia la gente llevando su Palabra, su perdón... En verdad es algo grande lo que nos ha pasado, una gracia del Señor que se renueva todos los días. Me imagino que en una realidad ardua como Nápoles, con antiguos y nuevos desafíos, nos tiramos de cabeza para salir al encuentro de las necesidades de muchos hermanos y hermanas, corriendo el riesgo de ser totalmente absorbidos. Es necesario encontrar siempre el tiempo para estar ante el sagrario, permanecer allí en silencio, para percibir en nosotros la mirada de Jesús, que nos renueva y nos

reanima. Y si el estar ante Jesús nos inquieta un poco, es un buen signo, nos hará bien. La oración es precisamente la que nos muestra si estamos caminando por el camino de la vida o el de la mentira, como dice el Salmo (cf. 138, 24), si trabajamos como buenos obreros o nos hemos convertido en «funcionarios», si somos «canales» abiertos, por el cual fluye el amor y la gracia del Señor, o si, en cambio, nos ponemos en el centro a nosotros mismos, acabando por convertirnos en «pantallas» que no ayudan al encuentro con el Señor.

Y luego está *la belleza de la fraternidad*, de ser sacerdotes juntos, de seguir al Señor no solos, no individualmente, sino juntos, en la gran diversidad de los dones y personalidades, y todo vivido en la comunión y fraternidad. También esto no es fácil, no es inmediato y no se da por descontado, porque también nosotros sacerdotes vivimos inmersos en esta cultura subjetivista de hoy, que exalta el yo hasta idolatrarlo. Y luego existe también un cierto individualismo pastoral, que lleva a la tentación de seguir adelante solos, o con el pequeño grupo de los que «piensan como yo»... Sabemos, en cambio, que todos son llamados a vivir la comunión en Cristo en el presbiterio, en torno al obispo. Se pueden, es más, se deben buscar siempre formas concretas adecuadas a los tiempos y a la realidad del territorio, pero esta búsqueda pastoral y misionera ha de hacerse con actitud de comunión, con humildad y fraternidad.

Y no olvidemos la belleza de *caminar con el pueblo*. Sé que desde hace algunos años vuestra comunidad diocesana ha emprendido un arduo itinerario de redescubrimiento de la fe, en contacto con una realidad ciudadana que quiere volverse a levantar y necesita de la colaboración de todos. Os animo, por lo tanto, a salir para ir al encuentro del otro, a abrir las puertas y llegar a las familias, los enfermos, los jóvenes, los ancianos, allí donde viven, buscándolos, estando junto a ellos, sosteniéndolos, para celebrar con ellos la liturgia de la vida. En especial, será hermoso *acompañar a las familias en el desafío de engendrar y educar a los hijos*. Los niños son un «signo diagnóstico», para ver la salud de la sociedad. Los niños no deben ser consentidos, sino amados. Y nosotros sacerdotes estamos llamados a acompañar a las familias para que los niños sean *educados en la vida cristiana*.

La segunda intervención hacía referencia a la *vida consagrada*, y mencionó *luces y sombras*. Existe siempre la tentación de destacar más las sombras en perjuicio de las luces. Esto, sin embargo, lleva a replegarnos en nosotros mismos, a recriminar continuamente, a acusar siempre a los demás. Y en cambio, especialmente durante este Año de la vida consagrada, dejemos brotar en nosotros y en nuestras comunidades la belleza de nuestra vocación, para que sea verdad que «donde están los religiosos hay alegría». Con este espíritu escribí la *Carta a los consagrados*, y espero que os esté ayudando en vuestro camino personal y comunitario. Quisiera preguntaros: ¿cómo está el «clima» en vuestras comunidades? ¿Existe esta gratitud, existe esta alegría de Dios que llena nuestro corazón? Si existe esto, entonces se realiza mi deseo de que no haya entre nosotros caras tristes, personas descontentas e insatisfechas, porque «un seguimiento triste es un triste seguimiento» (*ibid.*, ii, 1).

Queridos hermanos y hermanas consagrados, os deseo que testimoniéis, con humildad y sencillez, que la vida consagrada es un don valioso para la Iglesia y para el mundo. Un don que no hay que conservar para sí mismo, sino que hay que compartir, llevando a Cristo a cada rincón de esta ciudad. Que vuestra cotidiana gratitud a Dios encuentre su expresión en el deseo de atraer los corazones a Él, y de acompañarlos en el camino. Que tanto en la vida contemplativa como en la apostólica, podáis sentir con fuerza en vosotros el amor por la Iglesia y contribuir, mediante vuestro carisma específico, a su misión de proclamar el Evangelio y edificar el pueblo de Dios en la unidad, la santidad y el amor.

Queridos hermanos y hermanas, os doy las gracias. Sigamos adelante, animados por el común amor al Señor y a la santa madre Iglesia. Os bendigo de corazón. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí.